



Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

IDH | Instituto del Desarrollo Humano - Área Política

SEGUNDA ENTREGA

“Primer año de gobierno de Macri”

Documento

09

Notas en torno al discurso de apertura
de sesiones ordinarias ante la Asamblea Legislativa

María Elena Qués

Documento

10

La apuesta política de “unir a los argentinos”

Martín Armelino y Gabriel Vommaro

Documento

11

**Promesa y veredicción: reflexiones sobre
el discurso de *Cambiemos* durante su
primer año de gobierno**

Julia Smola

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento
11

Promesa y veredicción: reflexiones sobre el discurso de *Cambiamos* durante su primer año de gobierno

Julia Smola

“Todo es posible juntos” 3

¿Cumplimiento o traición de las promesas?
Esa no es la cuestión 5

Documentos de coyuntura del Área de Política (IDH-UNGS)

Documento



Promesa y *veredicción*: reflexiones sobre el discurso de *Cambiamos* durante su primer año de gobierno

Julia Smola

Hace más de 30 años Algirdas Julien Greimas, semiólogo francés, habló de un acuerdo tácito entre el enunciador y el enunciatario que llamó “Contrato de veredicción”. Se trata de una idea que hoy nos parece relativamente sencilla de formular pero que aún resulta difícil de asimilar e incorporar a nuestro pensamiento cotidiano. Greimas sostenía que dentro del discurso se juega qué se toma por verdadero y por falso; él decía que existe un acuerdo tácito entre los participantes del discurso que hace que algo sea interpretado como un *decir-verdadero*. Por eso, muchas veces “el relato” es más fuerte que “la realidad”. Es decir, más allá de la falta de los elementos para sustentar una idea o, por el contrario, de la profusa evidencia que exista para refutarla, la idea expresada en un discurso resulta verosímil. Todo discurso político –exitoso, por supuesto– se sostiene sobre un contrato de veredicción, que tiene la característica de ser variable, finito e histórico. Estas páginas exploran el discurso de *Cambiamos* durante su primer año de gobierno, en relación con sus promesas y con el contrato de veredicción que las hizo, y las hace aún hoy, verosímiles.

“Todo es posible juntos”

Cambiamos sostiene su palabra sobre un contrato tácito que le permitió hacer verosímil la idea de que esa fuerza política, y en particular, su conductor era el único capaz de garantizar un cambio. El tópico del cambio no es nuevo en el discurso político. Casi podríamos decir que la práctica de marcar una frontera temporal, entre pasado y futuro, es *la* gran característica de los discursos políticos y que, de un tiempo a esta parte, *todos* los presidentes han prometido una diferenciación entre el oscuro pasado que los precedía y el brillante futuro que depararían sus acciones. Pero la transformación que propone *Cambiamos* se distingue de la que proponían sus antecesores pues lo que propuso no fue *hacer un* cambio sino que un *nosotros* (ya veremos quienes) cambie. Lo que esgrimió durante la campaña fue que dicha alianza era la única capaz de garantizar *que nosotros cambiamos*. Esto resulta interesante si pensamos que el sujeto del cambio no iba a ser simplemente el mismo Presidente y el equipo político que lo acompañaba, sino que un colectivo más abarcativo que nos involucraba iba a constituir el verdadero sujeto del cambio.

Entonces, se trata de una doble transformación. Por un lado, se presenta un tipo de cambio para la elite dirigente. Sabemos que la creación del partido que luego llevaría al gobierno a Mauricio Macri comenzó a pensarse tras las convulsionadas jornadas de 2001 y que surgió como una de las expresiones de este acontecimiento. Particularmente, como la expresión que culpaba a *los políticos* de la gran debacle del país. En uno de los primeros *spots* de campaña Macri planteaba lo que *no iba a hacer*.

“No voy a buscarme enemigos sin sentido; no voy a hablar, hablar y no escuchar; no voy a querer perpetuarme en el poder; no voy a perseguir a quien piense distinto; no voy a mentir con el INDEC ni con la inflación ni con nada...”

Aquí, se traza una idea bastante clara del Otro del macrismo: su particular visión de la política tradicional y, en especial, su diagnóstico sobre la política del *kirchnerismo*. El discurso de Macri se centra en las diferencias con sus competidores y en aquello que *no* haría igual que los otros. No se enumeran grandes cambios concretos (en efecto, se sostienen las continuidades de ciertas políticas del gobierno anterior: “No voy a sacarle la ayuda a nadie; no voy a cambiar las cosas que sí se hicieron bien”) pero se pregonan cambios en las formas y en las personalidades. Así, la idea de que Macri podía garantizar que *cambiamos* resultó verosímil, en cierto punto, porque era el candidato que venía a “meterse en política” desde fuera de la política y que, de acuerdo al sentido común imperante, ya tenía lo que la mayoría de los políticos buscaban: poder. En este plano, la discusión acerca de proyectos opuestos que intentó plantear el entonces oficialismo cayó en saco roto. El contrato de veredicción con el *kirchnerismo* ya estaba resquebrajado y resultó más verosímil entender la realidad a través de las *formas* que de los *contenidos* de los proyectos.

El spot concluía:

“y lo más importante es que no te voy a dejar solo a vos ni a ninguno de los argentinos, porque la única manera de hacer el país que queremos es todos juntos”

¿Cómo es ese “todos juntos que construye *Cambiamos* (y que es el enunciario que tácitamente contrata con ellos)? Ese colectivo se construye claramente en la serie de spots que se hicieron bajo la consigna “Todo es posible juntos”. Uno de los que más resonó fue el de “cómo se hace una empanada”. Allí se enumera prolijamente y casi siempre por nombre propio a todos los integrantes de la cadena productiva que intervienen en ese “ambicioso proyecto de hacer una empanada”: Edgardo el ganadero; Daniel el veterinario; Carlos y Juan Carlos, los carniceros; alguien que siembre el trigo, alguien que amase la masa; Nilda con sus cebollas; las papas de Pablo; los gobernantes para que mantengan bien las rutas; Germán para que transporte los huevos; un empresario y un comerciante para que fabriquen y vendan los camiones; un mecánico; los sindicatos para que defiendan a sus trabajadores; el muchacho de la gomería; aparece una estación de servicio [en la imagen aparece YPF]; fabricantes de hornos y de sartenes; y por último, una abuela para que haga el repulgue y un nieto pícaro que le saca las pasas de uva a la empanada. La imagen es perfecta y armónica. Todos estos individuos, realizando las tareas productivas que les corresponden, hacen algo *juntos*, comparten la inmensa responsabilidad de dicho ambicioso proyecto, pero no resultan empoderados en ningún aspecto. Son individuos que conforman una cadena que apenas es un colectivo débil y a-político, impotente cada uno para realizar una empanada, pero que funcionan como un todo produciendo al fin la empanada.

La serie de spots continúa con “Cómo se hace para un: *empezás mañana*”, “Como se hace para un: *7 mejoraste mucho, seguí esforzándote*”, donde todos los integrantes son expuestos de la misma forma, aunque no constituyan estrictamente una cadena *productiva*. En esta serie de spots, la idea de *lo que se produce* guía el discurso de *Cambiamos* y la sociedad-mercado se presenta con caras personales, amables y solícitas de aprender, trabajar y mejorar.

Aquí, entonces, la segunda parte de esta gran promesa de *Cambiamos*. Somos *nosotros*, este gran colectivo que es interpelado, los que debemos realizar el gran cambio cultural que nos llevará de ser átomos desordenados que se mueven en forma caótica a esta metafórica máquina del funcionalismo.

El mensaje de *Cambiamos*, desde su propio nombre, se dirige a este colectivo y lo proyecta a un futuro incierto. Al mismo tiempo, lo recarga de responsabilidades, ya que el imperativo es que cambiamos y lo desempodera para realizar dicho imperativo sin la guía del líder invisible.

Gran parte de ese desempoderamiento pudo verse en los mensajes del gobierno para los festejos del Bicentenario de la Independencia. Leonor Arfuch lo observa agudamente: lo que se festeja es el hecho de ser *individuos* independientes (en lugar de ser un país independiente). Por si cabía aún alguna duda, el spot reza que esto significa “depender de nosotros mismos”.

Por alguna razón bien interesante, este mensaje interpela a gran parte de nuestra población. Lo hace desde un proyecto de subjetividad que no es nuevo, sino que existe desde hace décadas. Les plantea ser ellos mismos y depender de sí mismos, a diferencia del otro proyecto de subjetividad con el que viene combatiendo también desde hace décadas: un colectivo inclusivo, movilizad, por momentos militante, siempre destinatario de políticas de Estado. El primero resulta ahora más atractivo.

Lo que *Cambiamos* ofrece a este colectivo es, ni más ni menos, una transformación del tipo de relación que los une. Mientras que los anteriores presidentes prometían “hacer algo” (restaurar la democracia, reconstituir el orden económico, contribuir a la inclusión social o distribuir más equitativamente los ingresos), Macri promete “dejar hacer”, promete sacar del medio a la política devolviendo a los argentinos su independencia de acción. Es importante notar que dicha acción se limita a la esfera personal de los individuos: su casa, su trabajo, su futuro personal. El Presidente promete un mundo sin interferencias, sin apadrinamientos, sin distorsiones. Promete una y otra vez decir *la verdad y toda la verdad* sobre la crudeza del mundo capitalista. Pero esta verdad va acompañada de una plena confianza, de una fe irrestricta ¿De una fe que el pueblo le debe al Presidente? ¡No! Por el contrario, que el Presidente ofrece a cada uno de nosotros. Así, repite la idea que dejó en su saludo de fin de año: “Confío en ustedes, pero necesito que ustedes también confíen en lo que son capaces de hacer”.

“Termina el año, un año duro, donde todos tuvimos que poner el hombro, que nos puso a prueba y donde confirmamos que queremos un cambio [...] si nos respetamos, decimos la verdad y ponemos cada uno nuestro máximo esfuerzo, que dignifica y nos hace ser quien somos, nos va a ir bien, pero no es un camino corto, sino largo, y nos lleva a la felicidad, nos va a reencontrar, permitir trabajar juntos y demostrar todo lo que somos capaces de hacer.”

En un discurso donde el Presidente reconoce las complejidades afrontadas por los ciudadanos no pide confianza en que todo mejorará, sino en que *cada uno* tiene la capacidad para resistir este cambio doloroso. Promete confianza a cambio de auto-confianza. Este tipo de promesa y el tipo de contrato que la acompaña es lo que me parece tiene de verdaderamente original la discursividad política de *Cambiamos*. El “sí, se puede” fue redefiniéndose en su discurso desde un “sí, se puede cambiar”, a un “sí, *usted* puede cambiar”, o mejor dicho, *vos podés cambiar*.

Como ya señalamos, las campañas del gobierno fueron grandes interpelaciones individuales (incluso a nuestra esfera privada, casi íntima): *Esforzate, sincerate, blanqueá*; antes vivías engañando y engañado. Ahora, para dejar de ser engañado hay que dejar de engañar y engañarse. El cambio, se puede apreciar, va por dentro.

¿Cumplimiento o traición de las promesas? Esa no es la cuestión

¿Cómo pueden sostenerse estas promesas cuando es *evidente* que no hay tal cambio, sinceramiento o independencia por parte del mismo Estado? Esta es la pregunta de la que parten los opositores al gobierno, indignándose y arrojando cifras, investigaciones de cuentas off-shore, trayendo a la luz claros conflictos de intereses, que por otro lado, nunca estuvieron muy ocultos. Más allá de lo que el gobierno haya hecho como cumplimiento o traición de sus promesas electorales, un elemento de respuesta puede ser puesto en los siguientes términos: aún se sostiene el contrato de veredicción que llevó al poder a *Cambiamos* y que hace que la palabra del Presidente (con sus idas y vueltas, sus sinceramientos y arrepentimientos, el *errorismo* constante) sea verosímil, creíble, sea interpretada como un *decir-verdad*. Es decir, sus promesas de cambio, se sostienen sobre un contrato de veredicción que establece una relación entre enunciador y enunciatario que aún está vigente. La subjetividad que interpela, el cambio cultural que dice promover, son claves para el éxito y la performatividad de su palabra.

A Oscar Landi le gustaba mucho esta idea de Greimas y decía que el contrato de veredicción que le había permitido a Alfonsín ganar las elecciones denunciando un pacto cívico-militar (del cual, obviamente,

no tenía ninguna prueba) también le había costado su popularidad ante la sospecha de un pacto (con los militares en Campo de Mayo) que no precisó más evidencias que su propios dichos en el discurso de clausura donde pronunció la tristemente célebre frase “La casa está en orden”. Allí, la sospecha de la mentira, de la existencia de una escena tras bambalinas, fue la evidencia intra-discursiva que le costó la legitimidad a la palabra de Alfonsín. Su promesa, aquella de garantizar la democracia, sostenida por este contrato tácito del que habla Greimas, fue leída en términos de promesa traicionada. Con ella cayó la forma de interpelación alfonsinista, la legitimidad de su palabra y la capacidad para generar nuevas promesas que entusiasmaran a la población.

Esto nos recuerda que, por poderosos que sean los contratos de veredicción, no son eternos. Las promesas se sostienen y caen por medio de la palabra de quien las enuncia. No pueden combatirse desde fuera del discurso, es decir, blandiendo pruebas y evidencias extra-discursivas a las que la verosimilitud del discurso es inmune. Sólo desde dentro de ese discurso, desde sus propias grietas y contradicciones, desde sus formas de interpelación, de producción y de recepción, lo que un día fue promesa verdadera hoy puede ser considerado promesa traicionada mañana.